

III

Nunca logré saber si Holmes durmió aquella noche. Lo cierto es que al levantarme al día siguientes, lo encontré pálido y fatigado, con los ojos brillantes y febriles entre la mancha cárdena de los ojeras.

El suelo estaba, en torno del sillón, cubierto de colillas y de los periódicos de la mañana.

—¡Hola, Watson!—me dijo al entrar yo en la habitación.—A ver qué os parece ese telegrama.

Y me señaló uno que estaba abierto encima de la mesa. Procedía de Norwood y decía lo siguiente:

«Nueva prueba abrumadora. Culpabilidad MacFarlane demostrada definitivamente. Os aconsejo que abandonéis asunto por imposible.—*Lestrade.*»

—¡Demonio!—exclamé.

—Ya lo véis, Watson—dijo Holmes tristemente.—Ese telegrama es el canto de triunfo de *Lestrade*.

—¿Y qué?—pregunté lleno de ansiedad.—¿Pensáis abandonar la partida?

—¡Eso nunca! Después de todo, una prueba cualesquiera puede transformarse en un arma de dos filos y demostrar lo contrario de lo que parece á

primera vista. Váis á desayunaros en seguida, amigo Watson, para ponernos en camino cuanto antes. Hoy sí que me parece que os voy á necesitar.

—¿Creéis que haya algún peligro?

—Peligro material, no; moral, sí. Y para estos desengaños y estos decaimientos espirituales deben ser los amigos. ¡*Mistress Hudson!* Traed el desayuno de Watson.

—¿Y el vuestro?

—Yo no quiero.

Creo haber dicho en alguna otra ocasión, y si no lo digo ahora, que Holmes en las grandes crisis psicológicas suprimía toda clase de alimento, y era tal el poder que tenía sobre sí mismo en esas ocasiones que nada parecía indicar, ni nadie notaba lo próximo que estaba á caer desmayado de inanición. «En esos momentos no hay que malgastar energías de ningún género con la digestión», me contestaba, cuando yo, invocando mi autoridad de médico, pretendía convencerle de que debía comer algo.

Así, pues, en la mañana de que vengo hablando, yo fuí el único que se desayunó, á pesar de lo cual, cuando salimos á la calle marchaba tan ágil y tan campante á mi lado.

Al cabo de una hora llegamos á Norwood. Ante Deep Deen House, había estacionados varios grupos de esa clase de gente enamorada de los crímenes y de los espectáculos repugnantes.

Entramos en el jardín y en seguida nos salió al encuentro *Lestrade* con la cara resplandeciente de

triunfo. No pudo contenerse, y antes de llegar á nosotros exclamó á grandes voces:

—¡Hola, amigo Holmes! ¿Venís á demostrarnos que estamos equivocados? ¿Y ese vagabundo? ¿Pareció ya?

—Todavía no he encontrado una solución exacta—contestó Holmes tranquilamente.

—Nosotros, sí—repuso Lestrade reuniéndose con nosotros y echando á andar los tres hacia la casa.—Tenemos la prueba definitiva, absoluta. Ahora sí que no os queda más remedio que confesar vuestro error, amigo Holmes.

—Realmente—dijo mi compañero con la misma impasibilidad—no hace falta más que veros para juzgar que debéis de haber descubierto algo extraordinario.

Lestrade lanzó una carcajada.

—Amigo, no siempre váis á ser vos quien lo acierte todo. Alguna vez hemos de ser los demás. ¿No es cierto, Watson? Venid por aquí, señores; voy á tener el gusto de demostraros plenamente que el señor Mac-Farlane es el asesino de Mr. Jones Oldacre.

Nos hizo atravesar un corredor y nos condujo á una oscura antesala.

—Aquí está el perchero—continuó triunfalmente el policía—y de aquí cogió el sombrero el asesino después de cometer el crimen. ¡Voilà!

Y con un gesto teatral encendió una cerilla y nos señaló una mancha de sangre sobre la pared encala-

da. Luego, acercando más la cerilla y aproximándonos más nosotros, ví que no era una mancha de sangre sino la huella clara é indudable de un dedo pulgar.

—Tened la bondad de mirarlo con vuestra lupa, Sr. Holmes.

—Ya, ya; eso estoy haciendo.

—Ya sabréis, querido colega, que en el mundo no hay dos pulgares iguales.

—Sí; algo he oído decir respecto de eso.

—Pues bien; tened la bondad de comparar esa huella con ésta, que he hecho tomar hoy mismo del pulgar de Mac-Farlane.

Y colocó el pedazo de cera junto á la mancha de sangre. No era necesaria la lupa. Aun á simple vista se comprendía que las dos huellas correspondían al mismo dedo. Mac-Farlane estaba irremisiblemente perdido.

—¡Es indudable!—exclamó Lestrade.

—¡Indudable!—dije yo como un eco.

—¡Indudable!—repitió Holmes.

Algo noté en su voz que me extrañó y me hizo volver la cabeza. Su rostro había variado por completo. Sus ojos brillaban animosamente, y por las violentas contracciones bucales comprendí que hacía grandes esfuerzos por contener la risa.

—¡Indudable! ¡Es indudable!—repitió.—¿Quién se lo había de imaginar? Un muchacho tan simpático tan amable, tan... ¡Cómo engañan las apariencias! Esta lección me servirá para no dejarme llevar

vez del primer impulso. ¿Verdad, amigo Lestrade?

—Sí, Sr. Holmes. Hay ciertas gentes que tienen el inmenso defecto de la vanidad y se creen superiores al resto del mundo y que sólo sus palabras son las verdaderas.

A pesar de lo directas que iban al amor propio de Holmes las palabras de Lestrade, aquél no se dió por entendido y continuó hablando como si tal cosa.

—¡La verdad es que ha resultado providencial esta huella! Nada más natural ni más lógico que apoyar el pulgar en la pared cuando se va á coger el sombrero de la percha.

Por segunda vez noté en el rostro de mi compañero la comezón de reír, pero de igual modo que antes se contuvo y prosiguió en el mismo tono tranquilo y reposado.

—¿Y quién, quién ha sido, amigo Lestrade, el autor de este importantísimo descubrimiento?

—La señora Lexington.

—¿La señora Lexington?

—Sí; el ama de gobierno. Esta mañana se lo dijo el agente Hognes.

—¿El agente Hognes? ¿Y dónde está el agente Hognes?

—En la alcoba del muerto; pasó allí la noche de guardia para que nadie tocara lo más mínimo.

—¿Y cómo os explicáis, amigo Lestrade, que esta señal pasara inadvertida ayer á vuestra reconocida y envidiable sagacidad?

—Muy sencillo. Como véis, este es un lugar bas-

tante obscuro y que además no había razón ninguna para examinarlo.

—Es verdad. Realmente es indudable que ayer esta pared estaba completamente limpia.

Lestrade dió un salto y se le quedó mirando á Holmes como á un loco. Yo mismo quedé sorprendido, y las palabras de mi amigo, á pesar de la risa contenida de antes, me supieron á extrañas.

—¿Habéis dicho que ayer no había esta señal?— preguntó Lestrade no dando crédito á sus oídos.

—He dicho que ayer no había esta señal—contestó Holmes, sonriendo tranquilamente.

—¡Esto ya es demasiado!—exclamó el policía.—Entonces, según vos, el joven Mac-Farlane ha salido esta noche de la cárcel con el único y exclusivo objeto de venir á dejar en la pared esta prueba definitiva de su culpabilidad, ¿no es eso?

—Yo no he dicho semejante cosa.

—Pero no me negaréis tampoco que esta señal es la de un dedo suyo.

—No sólo no lo niego, sino que lo afirmo. Lestrade se echó á reír.

—Vaya, Holmes, veo que siempre habéis de estar soñando... Yo, en cambio, soy un hombre práctico y que afianza todas sus afirmaciones en la realidad.

Y luego, mirando al reloj, añadió:

—Ya es tarde. Voy á escribir el resultado de mis gestiones, si tenéis que decirme alguna cosa me encontraréis en el comedor.

—Realmente, querido Watson—me dijo Holmes echando á andar pasillo adelante,—esta es una prueba terrible contra el pobre Mac-Farlane; pero precisamente ahora es cuando yo confío más en su salvación.

—No sabéis lo que me alegra oiros hablar de ese modo—contesté;—yo ya empezaba á temer que todo estaba perdido para él.

—No es que yo diga que esté ya salvado; pero no le falta mucho. El inspector Lestrade cometió ayer un olvido imperdonable.

—¿Cuál?

—El no examinar ese pasillo. Fijáos bien en lo que os voy á decir: *Estoy completamente, absolutamente seguro, de que ayer no existía en la pared esa huella sangrienta.* Y ahora, si os parece, amigo Watson, vamos á dar unas vueltas por el jardín. Hace un tiempo hermosísimo.

IV

Largo tiempo paseamos por el jardín. Yo, aunque lleno el cerebro de negras ideas y funestas esperanzas, sentía germinar en mi corazón un presentimiento vago, impreciso, pero consolador. Holmes no me habló una sola palabra mientras dimos lentamente la vuelta á la casa y la examinó por los cuatro costados. Luego entramos en el interior y lo recorrimos todo, desde los sótanos hasta los graneros. Aunque la mayor parte de las habitaciones estaban vacías, Holmes las inspeccionó con igual cuidado que las amuebladas. Por último, al llegar al corredor del último piso, al cual daban tres cuartos llenos de trastos viejos, se echó á reír.

—¿Qué os pasa?—pregunté asombrado.

—Una friolera, ilustre doctor, una friolera. Verdaderamente no he visto en mi larga vida de aventuras un asunto tan interesante como éste.

—¿Pero habéis descubierto algo?

—¡Ya lo creo! Ha sonado la hora de la venganza, y voy á pagarle á Lestrade con la misma moneda sus burlas y sus desplantes de hace poco.

—¿Pero?...

—Nada; no me preguntéis nada; porque por aho-

ra es un secreto. Permitidme que os dé una sorpresa.

Bajamos en busca del inspector de Scotland Yard, y entrando en el comedor le vimos sentado á la mesa muy atareado escribiendo.

—¿Qué? ¿Cómo va esa *memoria*?—exclamó Holmes alegremente.

—Bien.

—Me parece que obráis un poco de ligero. A pesar de vuestras seguridades, yo sigo creyendo que esa prueba no es completamente definitiva.

Lestrade conocía demasiado á mi amigo para despreciar sus palabras. Así, pues, dejó la pluma sobre la mesa, y mirándole fijamente preguntó:

—¿Qué queréis decir con esas reticencias?

—Pues sencillamente que no os habéis cuidado de tomar declaración á un testigo importantísimo.

—¿Cuál?

—Uno.

—Bueno, ¿pero dónde está?

—Para eso he venido á buscaros.

Lestrade se levantó.

—Se le puede ver ahora mismo.

—No deseo otra cosa. ¿Cuántos agentes tenéis aquí?

—Tres.

—Bastan. ¿Son hombres robustos?

—Sí.

—¿Tienen buena voz?

Lestrade se le quedó mirando con la boca abierta.

—Creo que sí. Pero no veo la necesidad de que tengan buena voz para...

Holmes se encogió de hombros.

—Yo, sí. Y si eso os extraña ¿qué diréis cuando os haga ver cosas mucho más extraordinarias? Tened la bondad de hacer venir á esos agentes.

Cinco minutos después los agentes estaban de pie enfrente de nosotros.

—Vamos á ver—dijo Holmes.—¿Sabéis dónde está el granero?

Los tres agentes inclinaron la cabeza en sentido afirmativo.

—Perfectamente. Entonces váis á subir al granero y cogereis tres grandes brazados de paja, y con ellos nos esperáis en el corredor del tercer piso.

Los tres agentes salieron del comedor.

—¿Para qué queréis esa paja—preguntó Lestrade cada vez más intrigado.

—¡Ah, querido!—exclamó Holmes con voz enfática y burlona.—Esa paja ha de ser la que nos traiga al testigo. ¿Tenéis cerillas, Watson? ¿Sí? Muy bien. Ahora, señores, tened la bondad de seguirme.

Cuando llegamos al tercer piso, ya nos esperaban en el corredor los tres agentes al lado de un gran montón de paja. Holmes, sin decir una palabra y con ademanes misteriosos, nos condujo á un extremo del pasillo. Los tres agentes sonreían; Lestrade estaba profundamente preocupado; yo no quitaba los ojos de Holmes, que parecía un pestidigitador disponiendo un complicado y divertido juego.

—A ver, Lestrade, ¿queréis tener la bondad de enviar á dos de estos buenos mozos por dos cubos de agua?

Sin que el inspector dijera una palabra, dos de los agentes se apresuraron á cumplir el deseo.

—Mientras tanto—continuó Holmes,—nosotros vamos á colocar la paja aquí, en el centro, lo más lejos posible de las paredes.

Así lo hicimos, y no habíamos terminado aún cuando subieron los dos agentes con los cubos llenos de agua.

—Bueno, ¿está ya todo?—preguntó Holmes echando una mirada en torno suyo.

Lestrade no pudo contenerse más, y con voz agria y descompuesta, dijo:

—Pero ¿qué mojiganga estáis haciendo? Si sabéis algo, decidlo de una vez sin necesidad de todo este aparato.

—Tened la seguridad, ¡oh, admirable y sagaz amigo Lestrade! que si obro de esta manera es porque no hay otro remedio. No teníais tanta impaciencia antes cuando os burlábais de mí. A ver, Watson, tened la bondad de abrir esa ventana y prender fuego á la paja.

Así lo hice.

En seguida, y empujada por la corriente de aire, una humareda espesa invadió el pasillo, mientras la paja seca ardía sonoramente.

—Ha llegado el momento de que aparezca el testigo. Vamos á ver, señores, procuremos gritar todos

á una: «¡fuego!» ¿Estamos? A la una, á las dos, ¡á las tres!

—¡¡Fuego!!—gritamos todos.

—Gracias. Otra vez.

—¡¡Fuego!!

—Muy bien, otra vez, la última.

—¡¡¡Fuegóoooo!!!

Las voces debieron de oirse en todo Norwood. Apenas el eco se había apoderado de nuestro último grito, cuando ocurrió una cosa extraordinaria. En el fondo del pasillo, donde creíamos que no había más que la pared, se abrió una puerta, y un hombrecillo, con los vestidos en desorden, y los ojos fuera de las órbitas, salió dando brincos.

—¡Ajajá!—exclamó Holmes.—Tened la bondad, señores de echar el agua de los cubos sobre la hoguera.

Y luego, volviéndose al inspector y haciendo una ceremoniosa reverencia, prosiguió:

—Amigo Lestrade: tengo el honor de presentaros al testigo principal, Mr. Jones Oldacre.

Lestrade se quedó mirando estupefacto, atónito, al aparecido. Este, parpadeaba sus ojuelos, crueles y astutos de ave de rapiña. Era un hombrecillo repulsivo, con todas las apariencias de una mala persona.

—¿Qué demonios es esto?—exclamó el detective cuando le dejó hablar el asombro.—¿Qué diablos hacíais ahí dentro?

Oldacre intentó reír, con lo cual su rostro se hizo

más repugnante, y sus ojos, ya acostumbrados á la luz, se volvieron hacia la cara, roja por la cólera, de Lestrade.

—Nada malo, señores, nada malo...

—Con que nada malo, ¿eh? ¿Os parece bueno entonces poner todos los medios para que ahorquen á un inocente?

El miserable empezó á gemir lleno de terror...

—Yo os juro, señores, que se trataba de una broma... Era una broma nada más...

—¡Una broma! Pues yo os aseguro que no os váis á reír mucho tiempo. A ver, sujetarle y bajarle al comedor hasta que yo vaya.

Los tres agentes desaparecieron, arrastrando al vejete, que se resistía lloriqueando y pataleando.

—Ya comprenderéis, Sr. Holmes—dijo Lestrade en cuanto nos quedamos solos—que yo no podía hablar delante de esos hombres. Ahora es otra cosa. El doctor Watson es una persona discreta. Os estoy muy agradecido. A no ser por vos se hubiera condenado á un inocente, y más tarde ó más temprano hubiera caído el descrédito sobre Scotland Yard, mejor dicho, sobre mí.

Holmes sonrió, y dando palmadas en el hombro de Lestrade, dijo:

—Todo lo contrario, querido. En vez de desacreditaros, este asunto será para vos uno de los mayores triunfos. Todo se reduce á que rompáis lo que lleváis escrito y hagáis una versión completamente distinta.

—¿Pero y vos?

—¿Cómo yo?

—Sí; ¿no queréis que figure vuestro nombre?

—De ningún modo, La satisfacción íntima es mi mayor recompensa. Tal vez dentro de algunos años vendrá la gloria á buscarme, cuando yo le consienta á mi fiel historiador que narre esta aventura. Hasta entonces... Vaya, vamos á ver la guarida de esa animalucho.

Cogiendo próximamente seis pies del pasillo, habían levantado un tabique con una puertecilla perfectamente disimulada con el yeso. En la reducida habitación, formada de esta manera, había una pequeña mesa, un colchón, algunos comestibles y muchos libros y papeles.

—Muy bien—dijo Holmes después de echar una rápida ojeada á todo aquéllo.—De algo le había de servir á ese tipo el haber sido tanto tiempo contratista.

—¿Pero se habrá hecho él solo esa guarida?—preguntó Lestrade.

—No sé; pero por si acaso debéis echar mano al ama de gobierno. Esa señora Lexington me parece una pájara de cuenta.

—Seguiré vuestros consejos, Sr. Holmes; pero decidme: ¿cómo lograsteis descubrir ese escondite?

—Desde el primer momento, amigo Lestrade, adquirí la convicción de que Oldacre estaba vivo y oculto en la casa. Faltaba saber dónde, y para eso la registré minuciosamente, hasta que, observando

que el pasillo del tercer piso tenía seis pies menos que los correspondientes de los pisos inferiores, adquirí la certeza de dónde estaba la guarida. En seguida formé el plan de ataque, seguro de que el mismo Oldacre se descubriría al oír los gritos de alarma. Bien es verdad que pudimos ahorrarnos esa molestia y derribar el tabique de primera intención; pero yo sentía un malsano deseo de venganza por vuestras burlas de por la mañana.

—Ya, ya; me habéis pagado en la misma moneda; ¿y cómo diablos os animásteis hoy y no ayer á registrar la casa?

—Por la huella del pulgar. Por eso, cuando vos exclamásteis que esa prueba era indudable yo repetí el adjetivo, pero en sentido completamente opuesto. El día anterior yo había examinado la pared y tenía la seguridad que estaba completamente limpia. Luego resultaba indudable que la señal fué hecha durante la noche.

—¿Pero cómo iban á hacerla?

—Muy sencillo. Ya recordaréis que algunos de los documentos examinados por Mac-Farlane y Oldacre han aparecido en sobres perfectamente lacrados. Indudablemente, Jones Oldacre consiguió que él apoyase el pulgar sobre el lacre, lo cual era muy fácil de conseguir, pues no había de excitar sospecha ninguna en el ánimo del joven. Sin embargo, creo que, á pesar de haberse procurado esa marca, el viejo no sabía aún cómo la utilizaría. Debió ser luego, durante sus largas meditaciones en el encierro.

cuando se le ocurriera que esta señal podía ser una prueba irrecusable, definitiva, la que diera el golpe de gracia á la suerte del pobre Mac-Farlane. Nada más fácil que con un poco de cera obtener esta huella del pulgar, y luego, manchando la cera con sangre, reproducir la huella sobre la pared. Tengo la seguridad de que cuando se registre el escondite ha de hallarse entre los papeles el pliego con la huella del pulgar de Mac-Farlane.

—¡Asombroso!—exclamó Lestrade.—Ahora todo parece claro como agua de roca. Ya no os falta más que decirme la razón que haya tenido ese viejo repugnante para obrar de tal modo.

Para mí lo verdaderamente asombroso y chusco era el cambio operado en la actitud del policía. A sus arrogancias de antes había sucedido una respetuosa atención; sus desplantes y vocerío cambiáronse en mesurada y discreta habla, muy de discípulo en presencia del maestro.

—Tampoco eso me parece difícil de explicar—dijo Holmes contestando á la pregunta de Lestrade.—Ese gentlemán que nos espera en el comedor, es una mala persona que, entre sus buenas cualidades, tiene la de ser vengativo. Ya recordaréis que la madre de Mac-Farlane, siendo soltera, rehusó casarse con él.

En la cara del policía se pintó la estupefacción.

—¿No lo sabíais? ¿No habéis hablado con ella? ¿No?... Mal hecho. Ya os dije que las pesquisas debían empezar en Blackheath. Pero, en fin, lo mismo da. El caso es que esta injuria le hirió de tal modo

que se incrustó en su cerebro de malvado y se pasó toda la vida buscando un medio de venganza, sin encontrarlo hasta ahora. Durante estos últimos años sus negocios no iban todo lo bien que hubiese querido, y ciertas especulaciones secretas me han demostrado que se hallaba en un verdadero aprieto. Entonces formó el propósito de jugar una mala pasada á sus acreedores, y para ello suscribió cantidades muy considerables á favor de un tal Cornelius que, ó mucho me engaño, ó debe ser el mismo bajo otro nombre. Todavía no he tenido ocasión de seguir la pista de estos cheques, pero os puedo asegurar que habían sido descontados en alguna casa de banca de cualesquiera otra provincia donde Oldacre viva bajo el nombre de Cornelius cortas temporadas. Ya comprenderéis que una vez tomadas tales precauciones, no iba á quedarse en medio del camino, y que, por lo tanto, nació en él la idea de desaparecer en absoluto.

—¡Asombroso!—interrumpió Lestrade.

—Una vez que se le ocurrió esta idea apareció la de la venganza. Como véis, era una jugada magnífica. Al mismo tiempo que salvaba toda su fortuna, que se burlaba de sus acreedores, haría creer á todo el mundo que el hijo de su antigua prometida le había asesinado alevosamente. Debemos reconocer que obró en esta ocasión, hasta en los menores detalles, con un talento verdaderamente admirable, digno de un gran maestro del crimen. La invención del testamento como acicate del crimen, la visita

secreta, hecha sin conocimiento de los padres, el bastón manchado de sangre, los huesos calcinados, los botones, todo, absolutamente todo, estuvo maravillosamente pensado y realizado. El joven Mac-Farlane podía considerarse definitivamente perdido; á cada nuevo descubrimiento, nueva prueba acusadora. Sin embargo, le faltó á Jones Oldacre la suprema cualidad del artista: la de saber dónde debía detenerse. Quiso perfeccionar lo que ya era perfecto; apretar más el nudo que ya oprimía la garganta de su víctima, y... lo echó á perder... Mas ya hemos llegado al comedor. Entremos.

El odioso vejete, que estaba sentado en un sillón entre dos agentes, al vernos entrar se levantó, exclamando con voz temblona y lloriqueante:

—¡Por Dios, señores, tened compasión de mí! ¡Era una broma, nada más que una broma! Si me oculté fué para gozarme luego con aparecer cuando todo el mundo me creyera muerto; pero tened la seguridad de que no hubiera dejado nunca que condenasen al joven Mac-Farlane.

—Bueno, basta de lloriqueos. Nosotros no somos quienes han de decidir en este asunto. Nosotros nos limitaremos á acusaros de un complot, mejor dicho, de una tentativa de asesinato con todas las agravantes.

—Y de ese modo—intervino Holmes—vuestros acreedores podrán cobrar todo el dinero de ese ilustre señor Cornelius.

El viejo dió un salto, y perdiendo toda continen-

cia, clavó sus ojos crueles y taladrantes en mi compañero, y con voz de rabia y de odio, exclamó:

—¡Ah! ¿También sabéis eso? ¡No importa! La vida es larga y ya nos volveremos á encontrar. Veremos á ver quién se ríe entonces.

Holmes lanzó una carcajada.

—Por de pronto, ahora me río yo—contestó,—y me reiré durante mucho tiempo, pues me parece que no libraréis con dos ni tres años. A propósito: ¿qué fué lo que metisteis en los pantalones destinados á la cremación? ¿Un perro muerto? ¿Unos conejos?

El viejo no contestó, y apretando los labios hasta quitarles el color y centelleándole las pupilas, siguió mirando á Holmes.

Mi compañero, encogiéndose de hombros, continuó:

—¿No lo queréis decir? Igual da. Yo creo que dos conejos fueron suficientes para la sangre y para los huesos. Si alguna vez, querido Watson, escribís esta historia, podéis asegurar que fueron dos de esos simpáticos animalillos.

LOS MONIGOTES

I

Hacia largo tiempo que Holmes estaba absorto en un experimento químico. En torno suyo se amontonaban las probetas, los alambiques, las retortas y otros mil cachivaches de cristal y metálicos, llenos de unos líquidos de diversas coloraciones y distintas odorisades.

Largo tiempo hacía también que yo le miraba y le comparaba mentalmente con una colosal ave de rapaña, de ganchudo pico, de ojos brillantes y esquelético y negro cuerpo.

De pronto mi amigo levantó la cabeza, y mirándome fijamente exclamó:

—¿De modo, amigo Watson, que no estáis completamente decidido?

—¿A qué?

—A invertir ese dinero en papel sudamericano.

Di un salto. A pesar de lo antiguo de nuestra amistad, de lo hecho que debía estar á tales sorpresas y alardes adivinatorios, confieso que me asombró tan exacto conocimiento de mi pensamiento en aquel instante.